





MANUAL PARA NO MORIR  
DE DESILUSIÓN



Giselle Gallegos

MANUAL PARA NO MORIR  
DE DESILUSIÓN



Primera edición: febrero 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Giselle Gallegos

ISBN: 978-84-19151-54-4

ISBN digital: 978-84-19151-55-1

Depósito legal: M-5923-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a todas las personas que, debido a la pandemia,  
se nos han adelantado; aún no les tocaba irse.  
A todas aquellas personas, familiares, amigos: deben saber  
que, aunque el camino se vea sinuoso, tortuoso y oscuro,  
siempre, siempre hay esperanza.*





## Prefacio

Todos los hijos de extraños, muriendo poco a poco.

Una enfermedad completamente desconocida y que nadie pueda hacer nada para repararlo.

¿Qué estarías dispuesto a dar?

¿Les darías todo?

¿Los amarías de igual manera?

¿Qué pasaría si eso te pasará a ti?

¿Morir es tan malo después de todo?

¿Se encontrará la paz al final del camino?

No me refiero a que si no les das sus dulces favoritos se pondrán histéricos, tristes, llorarán, patearán y morirán.

No.

Me refiero a que si han esperado un milagro durante años, está a punto de obtener su «milagro», porque es algo que está en tus manos y de pronto, de la nada, inventas excusas, desapareces «ese» día importante, especial. Aparecerás después dando más excusas de las que ningún otro ser humano es capaz de crear con tanta rapidez. Y lo peor es que te creas esas mentiras como si fueran verdades.

Eso duele.

Eso mata.

Poco a poco.

Aunque no lo creas.

Esa persona confió en ti, cuando nunca lo hace. Pero en ese momento lo hizo. Puso su fe y su buena suerte encima de toda lógica.

La lógica que decía: «No confíes, ella miente. Siempre lo ha hecho. ¿Qué va a cambiar? ¿Las personas cambian?». Y mi mente llena de entusiasmo dijo: «Sí, las personas cambian. Ella pudo haber cambiado. Creo que por fin me entiende».

Pero, al llegar el día esperado, ella no estuvo ahí.

Simplemente.

No estuvo ahí.

El paso de las horas corría y corría y aún quedaba una ligera chispa de esperanza dentro de mi interior.

Creo que ya he visto suficiente de todo esto y por fin estoy lista para morir.

Espero el momento en que pase.

Tal vez una muerte trágica sea lo mejor. ¿Por qué? Fácil.

La empatía es eso que te mueve y hace que te pongas en los zapatos del otro e intentes comprender y sentir lo que la otra persona experimenta en cuestión de sentimientos, emociones, experiencias o vivencias.

Entonces, si en todo este tiempo que has estado en la faz de la Tierra nunca has intentado ser empática, la vida, destino, Dios o cualquier ser supremo debería forzar esos lazos.

Porque muchas veces estando vivos nunca nos decimos lo que queremos o pensamos por no intentar vernos como débiles o para que nuestra autoridad de padres no se ponga en tela de juicio. Pero ¿qué pasó con preguntar «cómo estás», «qué tal tu día»? O simplemente «¿te sientes bien?».

No hacer conjeturas. Preguntar.

No por el hecho de que viva en tu casa significa que esté bien. Que por el hecho que coma, respire, duerma, y no me meta en líos significa que estoy bien.

Muchos dicen, cuando alguien se suicida, «que no lo esperaban, no lo veían venir, es que él (ella) no era esa clase de personas». Pero las personas son como son. No cambian de la noche a la mañana. Para eso hay un proceso. Y muchas veces las personas necesitan ayuda para cambiar realmente, por supuesto al menos que la persona lo desee de verdad.

En un cuerpo humano habitan hasta tres a cuatro personas diferentes.

Por ejemplo: la hija. La que hace el quehacer intenta no rezongar, no decir lo que piensa porque sus padres y hermanos la van a juzgar hasta el límite. La «chica buena».

La empleada: la que llega temprano, la que no contesta al jefe, la que intenta hacer lo mejor posible para sobrevivir con un sueldo modesto, la que convive con personas molestas, groseras e hipócritas está en sus actividades diarias, pero nada preferidas.

La estudiante: la chica que hace tareas, investigaciones, que no le importa inclusive no dormir, con tal de hacer un trabajo perfecto, a la que le gusta investigar, pero odia estudiar para los exámenes y aun así tiene buenas notas.

La amiga: la que hace cosas buenas sin mirar a quién. La que escucha, aconseja y también a veces da patadas de conciencia. Por tu propio bien, claro.

¿Pero a las personas les interesa eso?

No.

Porque no importa en cuántas situaciones estés, ni cuán diferente intentes ser a ellos, nunca lo serás.

Parte de los círculos viciosos que hay en el mundo están destinados para que tú hagas algo parecido a lo que ellos hicieron en su juventud, y que de todas las formas posibles ellos intentan darte a entender que no deberías hacer esas «cosas» por tu propio bien.

Hay un dicho: «No hay persona más inteligente que la que ve lo que les pasa a otros e intentan no seguir sus pasos».

Yo digo, déjalos ser. Si te equivocas, te equivocaste, son tus errores, tus experiencias. Porque al final del día, lo que te pasó ayer es lo que define tu hoy. Así como lo que te pasa hoy definirá tu mañana.

Al final todos queremos ser felices, no importa cuán egoístas seamos o si queremos cambiar o no, todos buscamos la felicidad, sino es para nosotros la buscamos para alguien más, pero esa es la misión: buscar ser feliz.

Esa es la misión de todos.

¿A cuántos padres, sus hijos no tienen cáncer terminal y les gustaría cambiar eso?

¿Cuántos no han recibido malas noticias, al menos una vez al día?

A muchos, sino es que a todos al menos una vez hemos escuchado eso.

Una ilusión, aviva esperanzas.

Y no hay esperanza más grande que vivir, aunque sea un poco más.

O al menos lo que a muchos les gustaría es saber cuándo morirán y en qué circunstancias; para cuando llegue el temido día y esperado por muchos, lo conviertan en el mejor de sus días.

Porque siempre escuchamos: «Vive el presente. La vida solo dura un momento».

Entonces, como los momentos son pocos, las tristezas largas y las felicidad más cortas que ver un atardecer. Porque no hacer algo bueno por los demás.

Continué en el arduo camino de la liberación económica, femenina, e idealista.

Es difícil de hacer, mas no imposible.

Las personas siempre observan, escrutan dentro de tus expresiones, buscan imperfecciones. Cuando las encuentran te las dicen como si esas imperfecciones no merecieran estar en el mundo, pero es muy fácil hacer eso a los demás, pero ¿los demás lo hacen consigo mismos?

No.

Es como los amigos.

En mi definición un amigo es: «Persona que podría ayudarte cuando estás en problemas, te escucha, te apoya y no te debería juzgar».

Pero si las cosas fuesen así no habría tantas traiciones en el mundo y el mundo estaría en una armonía terrorífica, y que claro esa armonía no duraría demasiado tiempo. Tomando en cuenta

que el ser humano siempre busca tener más que los demás y le encanta jactarse de sus hazañas para conseguir sus objetivos.

Por lo mismo, desde las interminables traiciones que tengo y tendré durante lo mucho o poco que me quede de vida, he decidido tener solo un amigo.

Y esa soy yo.

Los amigos en verdad no existen. Solo son personas con las que puedes pasar un rato agradable, les puedes compartir cosas sin importancia, pero nunca hay que ir más allá de las cosas superficiales porque nunca sabes cuándo podrían dejarte o cuándo podrían decirle tus más privados pensamientos a las personas menos... adecuadas.

Claro, que en lo que a mí respecta, los amigos, los escucharé (sus secretos, sus aventuras), mas siempre callaré porque no es justo que yo cuente sus cosas íntimas a alguien más (aunque ellos probablemente sí cuenten mis secretos, claro, los superficiales).

No diré que confío plenamente en mi sombra porque no es cierto, porque cuando hay oscuridad hasta ella me abandona.

Así que si no eres autosuficiente, es momento de que hagas cambios en tu vida, porque depender emocionalmente de las personas o de fármacos... no es la solución, ni lo será en un futuro.

Claro que nunca falta el que pudieses ir al psicólogo, él sería el amigo casi perfecto..., excepto porque le pagas los honorarios. Y por supuesto él no estará siempre, la cuestión es que nunca debes depender de alguien. Todos somos personas temporales en un mismo espacio...

Pero basta de preámbulos, comencemos.



# 1.

## Esta no soy yo

Soy una persona sincera, inteligente, amable..., es decir..., perfecta.

Aunque la perfección es realmente efímera.

Pero basta de describirme, cuando termines de leer sabrás realmente cómo soy.

La enfermedad amenazó a la sociedad de la nada.

Todo comenzó, cuando estaba leyendo en la mañana en el autobús que tenía por destino mi preparatoria. Iba tan concentrada que no veía cuál era mi próxima parada, al igual que sabía que nada iba bien.

Siempre en el autobús, estaba lleno, las personas paradas, escuchando música, platicando entre ellas. Al principio no presté la atención adecuada como para darme cuenta de que esta vez algo andaba muy mal.

¿Cómo lo sé?

Fácil.

El autobús iba vacío y en un macabro silencio.

Cuando llegué a la preparatoria casi no había personas. Siempre había los famosos grupos esparcidos por toda la escuela.

Las populares (niñas que visten generalmente de rosa, egoístas, vanidosas, pero que siempre les faltan neuronas. Y aún con escasas de neuronas no sé cómo se encargan de gobernar a casi toda una escuela).

Los *dark* (escuchando la música más triste para un funeral, vestidos de negro y pensando que podrían ser el nuevo asesino en serie de la época).

Los *nerd* (adolescentes con una apariencia física de ratón de biblioteca, devorando libros y evitando convivir con la sociedad, pensando que ellos no comprenderán lo grandiosos que son).

Los deportistas (son los integrantes de baloncesto, no saben absolutamente de nada excepto cuando se trata de baloncesto y deportes, estas personas no destacan en ninguna actividad escolar que implique libretas, lápices y poner atención. Las mascotas preferidas de estos individuos son las famosas porristas a las que ellos suelen llamar «novias»).

Las copias (intentan por todos los medios en convertirse en populares, si la líder dice salta: ellas saltan y preguntan qué tan alto. Además de que copean el vestuario, ademanes y casi todo lo que ellas pueden comprar).

La comunidad LGBTQ + (Todos sabemos la definición de LGBTQ +, pero sino te la sabes te lo comparto, Lesbiana, Gay, Bisexual, Travesti, Queer y más

Los traficantes (sí, léiste bien, los traficantes de drogas y tareas. Más de drogas que nada, con estas personas no debes meterte en ningún sentido, ni como comprador o trabajar para ellos; la persona que se mete con ellos en cualquiera de las dos maneras, termina muerto).



Y después de toda esta selva, llamado cuerpo estudiantil...

Estoy yo.

No soy gay,  
No me drogo,  
No soy popular,  
No soy deportista,  
No soy *nerd*,  
No soy *dark*  
Y no soy una copia.

Solo soy yo.

Bueno, solo pertenezco al grupo de «jóvenes genios»; que hay en la escuela, pero por el resto soy normal... Creo.

Una chica de estatura promedio (1.60 m), piel blanca, cabello negro, no delgada, pero tampoco super robusta, inteligente (lo normal), reservada, sin amigos.

Soy normal..., creo...

Pero al no ver a prácticamente nadie, fue lo desconcertante, casi nadie en el autobús, casi nadie en la escuela, eso no es normal.

Empecé a caminar por los pasillos, y todo estaba vacío.

Ni una persona, ni un maestro, solo el señor de la limpieza, el señor Muñoz, limpiaba las aulas como si las cosas fueran a volver a la normalidad en cualquier momento.

Me pregunto si volverá a la normalidad...

Las pocas personas que había se reunieron en el laboratorio de biología, solo éramos ocho personas.

Una popular, un *dark*, un *nerd*, un deportista, copia, la comu (comunidad LGBTQ +) un traficante y yo.

Ellos platicaban entre ellos, abrí lentamente la puerta y entré.

Solo para darme cuenta de que de una u otra forma estaban preocupados por lo que pasa en su alrededor; aunque fuera de una manera superficial. Ya que unos estaban preocupados porque las cosas no salían a la perfección.

Después de entrar y estar un rato en silencio (al menos de mi parte), se empezó a escuchar terribles gritos provenientes de quién sabe dónde. Los demás guardaron silencio inmediatamente y empezaron a prestar atención de verdad. Uno chico, el *dark*, comentó que por fin el momento del aclamado final había llegado (cosa que deseé que no fuese cierta).

Por primera vez en la historia estaba dispuesta a ponerme de pie e investigar qué estaba pasando.

Y lo hice.

Me puse de pie y de inmediato sentí algo caliente alrededor de mi muñeca, bajé la vista y vi al deportista agarrando mi muñeca. Mi cara fue de «¿Dios, esto está pasando finalmente?», pero no. Simplemente dijo:

—No salgas, suena terrible.

Me senté inmediatamente como si fuera una orden, ni siquiera dije nada.

Así como llegaron los gritos de repente se apagaron de forma abrupta igual que las pocas conversaciones que quedaban en el aire.

Hubo un silencio sepulcral.

No sé cuánto tiempo duramos así. Ni siquiera recuerdo quién rompió el silencio.

Solo escuché que «debemos investigar».

Y yo salí de mi ensoñación y puse cara de póker.

—¿Qué? —pregunta tonta para alguien distraído, lo sé.

—Que debemos investigar, presta atención. ¡Dios, esta gente!  
—dijo el traficante.

No sé qué instrucciones dio exactamente, pero todos en silencio se levantaron y lo empezaron a seguir como si él fuera el líder.

Bajamos las escaleras y empezó el horror.

Cuerpos por todas partes.

No sangre.

No violencia.

No sabía exactamente que estaban muertos, pero lo sentía muy dentro de todo mí ser, sabía que lo estaban.

No sé cómo, pero lo sabía...

El traficante se llamaba Justin, el valiente (o estúpido, diría yo), bajó su mano al cuello de una de las personas que estaban en el piso y corroboró mi presentimiento.

Estaba muerta esa persona.

Los demás no le creyeron, en lo absoluto.

Así que la porrista tomó la muñeca de otra persona y lo dijo: «Está muerta».

El pánico de inmediato nos inundó a todos. No sabíamos que hacer, si correr, llorar o gritar por ayuda.

Los cadáveres eran tantos que por un momento pensé que éramos los únicos sobrevivientes en la escuela. Antes de gritar o decir cualquier cosa corrimos todos inmediatamente a la salida; y vimos que no éramos los únicos sobrevivientes.

Había como 50 personas de cuántas...

No lo sé.

Había personas que entraron en la histeria total y lloraban sin cesar, maquillajes corridos, mocos en las caras más lindas del mundo, los introvertidos llorando en silencio... Todo un desastre...

—¿Qué pasó? —preguntó uno de ellos.

De inmediato contamos nuestra experiencia o terrible experiencia, donde jamás en mi vida había visto tantos ojos huecos, sin luz y esperanza. A veces las personas fingíamos que estábamos bien, pero a través de esos ojos, supimos que nada volverá a estar bien. Así que ahora no valía la pena fingir que todo estaría bien.

—Llamé a mi mamá y la llamada nunca entró, intenté comunicarme por muchas formas con mi familia, pero nada funcionó... ¿Ustedes han hablado con alguien? —dijo un chico, cuya cara estaba llena de mocos, con ojos y labios hinchados.

—Las líneas están muertas —confirmó una chica pequeña con lentes gigantes que recuerdo haber visto en mi clase de español... Creo que se llama Ana.

—¿Qué hacemos? —dijo el deportista, que respondía con el nombre de Tomas.

Y de repente más de 50 pares de ojos me miraban, de hito en hito, esperando algo. Así esperan una respuesta... mía...

—¿Por qué todos me miran así? —pregunté.

—Eres la más inteligente de toda la escuela, deberías saber qué hacer en casos como estos, ¿no? —dijo un chico que nunca recuerdo haber visto en mi vida.

Yo seguía con cara de póker. Hasta que noté que era en serio su mirada.

—Okey, no sé qué hacer... —no fue difícil de admitir que yo no era la persona adecuada como para dar instrucciones en caso de que pasara una catástrofe, como era el caso de hoy.

Todos pusieron cara de fastidio.

Qué novedad...

No sé por qué de repente sentí que abría la boca y palabras con sentido para ellos, pero no: para mí, salieron de allí...

—Hay que investigar, vayamos a nuestras casas. Veamos si nuestras familias están bien; sin importar qué pase en el camino, tenemos que vernos todos sin excepción dentro de una hora en la torre del reloj. ¡Corran! —dije, y así es como el caos empezó de nuevo.

## 2.

Esta no era yo.

¿Qué acabo de decir?

No lo sé.

Así ... dije que fuéramos todos a nuestras casas a investigar qué estaba pasando.

Todos empezaron a correr con desesperación, empujando a todo el que les estorbaba a su paso sin importar quién fuera.

Todo un caos.

Ningún grito, ninguna palabra, solo eran personas que se movían lo más rápido que podían para llegar a esa cosa que llamaban casa, hogar.

Todos me hicieron caso de forma automática, como si fuera una orden, yo me sorprendí durante un momento aunque no deje que pasará tanto tiempo y me empecé a mover, camine lo más rápido que pude alrededor de las personas, esquivando codos, caras sorprendidas.

Todo, absolutamente todo era un caos.

En estado puro.

Lo bueno de todo es que mi casa no estaba tan lejos de la escuela. Para ser más exactos estaba a veinte minutos caminando y corriendo en menos de diez minutos.

Esta es la segunda cosa sorprendente que vi en el día.

Calles desiertas, viendo este panorama, sabía que no tenía que moverme con tanta urgencia a como lo hacía, pero una alarma dentro de mí se prendió haciendo que me movilizara con más rapidez de la que pensé que fuese posible en mí.

Tanta serenidad, tanta quietud, no era normal.

No.

En lo absoluto, no era normal.

Así que apreté el paso.

### 3.

Nunca fui apegada a mi familia, siempre sentía que ellos se avergonzaban de mí. ¿Por qué? Nunca lo sabré con exactitud... Corrí lo más rápido que pude, lo más rápido que mis pulmones, respiración y piernas me permitían moverme.

Pero en cambio sentía que era un gusano que se arrastraba por la calle, sentía que me movía... muy poco o de forma nula... pero lo hacía, eso creía.

No sé si sea por ser presa del pánico que sentía que todo iba de forma mecánica y lenta.

No era consciente de cuando ponía un pie delante de otro y así continuaba de forma automática.

Hasta que vi algo que se me hizo familiar.

Un gnomo pequeño, en el jardín frontal de pantalones rojos y una camisa de color azul, me miraba con una sonrisa pícara, por un momento me pregunté si sabría que estaba pasando con exactitud.

Pero algo me hizo volver a la realidad.

Algo se cayó dentro de la casa, algo de vidrio dentro de la casa se hizo añicos, era el único sonido proveniente de toda la cuadra. El resto estaba en un silencio aterrador.

Salí de mi ensoñación y corría a la puerta de mi casa, abría la puerta o más bien dicho la aventé, y solo vi cadáveres...

Uno estaba en la escalera, era mi padre y veía una mano estirada en la parte de la cocina.

No sé cómo lo hice, pero de forma automática fui a la escalera que estaba justo en frente de mí y reconocí ese cadáver,...

Nunca había notado esos grandes ojos grises hasta ese momento... que se veían como congelados, grandes, grises, congelados...

La expresión de su cara y ojos era tal que me dio escalofríos...

Su cara era la expresión viva del terror o muerte; no sé realmente cómo describirlo.

Solo sé que me dio un susto de muerte ver esa cara tan familiar y de repente desconocerla por completo, no supe cuánto tiempo me perdí prestando atención a esos detalles que en vida nunca fueron importantes para mí. Fue un sollozo muy silencioso lo que me hizo salir de mi ensoñación al instante

Todos mis sentidos de repente los sentí ultrasensibles.

Corrí escaleras arriba lo más rápido que pude y vi la habitación de Carlitos, me entro un terror terrible saber que algo podría pasarle a él.

Carlitos era mi único hermano, él tenía solo dos años. Solo somos cuatro en mi pequeña familia, papá, mamá, Carlos y yo.

La verdad, no sé qué hacía. Así que simplemente empujé la puerta y entré.

Los sollozos fueron en aumento conforme iba caminando dentro de la habitación, Carlitos no estaba en su cuna, así que me detuve abruptamente y me giré a la derecha; era ahí donde estaba el clóset.



No había tiempo para tener miedo, así que simplemente abrí la puerta y lo vi.

Sus ojos grandes fueron lo primero que vi. Él guardó silencio de forma automática. Me reconoció rápidamente. Estiró sus brazos, para que lo cargara, no lo pensé dos veces y lo cargué. Sus sollozos pararon rápidamente. Suspiró. Su suspiro fue tal que pensé que se sentía aliviado de haber sido encontrado.

Tal vez era así.

Caminé escaleras abajo ignorando a mi padre, cuyo cadáver parecía congelado en el tiempo.

La cabeza del pequeño Carlitos la recargué en el hueco de mi cuello impidiéndole ver semejante escena.

Ni aunque Carlos tuviera 30 años, no le daría permiso de ver eso. Si a mí me daba escalofríos, no quería que él sintiera lo mismo.

¿Cómo le hacía para caminar con seguridad y convicción?  
Hasta la fecha me sigo preguntando cómo lo hice.

Estábamos en la sala, cerré la puerta principal y deje al pequeño Carlitos en el piso. Camine a la cocina, Ya sabía de quién era esa mano, aunque aún no haya visto el resto de su cuerpo.

Mi madre, sin lugar a dudas.

Pero estaba equivocada, no era ella.

La mano, que estaba en el piso, no era de ella. Era de Melissa la nana de Carlitos; es extraño verla aquí, se supone que ella no trabajaba los lunes con nosotros. Y eso me deja con una interrogante: ¿dónde está mi mamá?

Primer instinto. Buscar en el bolsillo de mis pantalones el celular, estaba ahí. Busqué rápido el número de mamá en la agenda, toqué la pantalla y la marcación automática empezó a sonar en mi oído.

Un timbre.

Dos timbres.

Tres timbres.

Y la línea se cortó.

Okey, oficialmente estaba empezando a entrar en pánico.

Volví a intentarlo.

Nada.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que salí de la escuela, pero todo ese silencio era demasiado abrumador, así que regresé a la sala y cogí a Carlitos. Abrí la puerta esperando ver a personas corriendo, pero no.

Todo estaba vacío, como si la tierra se hubiera tragado a todo ser vivo en la faz de la Tierra; claro, excepto a nosotros.

No sé si sentirme afortunada por eso o tener miedo por cualquier cosa que fuese a suceder después.

Cuando corrí hacia la casa, no me había dado cuenta de pequeñas cosas que pasaron a mi alrededor, como por ejemplo el incendio que empezaba a consumir toda la casa de la vecina de enfrente o de las personas tiradas en las aceras, todos pálidos, con bocas abiertas y grandes ojos vidriosos.

Es una escena demasiado fuerte, que no creo ser capaz de alguna vez sacármela de la cabeza.

Caminé rápidamente con Carlos en los brazos, sollozando muy silenciosamente, realmente no me di cuenta de que lo hacía hasta que sentí la boca salada, de mis propias lágrimas, con un movi-

miento quité esas lágrimas. No tengo que ser fuerte por mí, sino por él.

Papá ya no existe; mamá, aún no sé si sigue existiendo. Y cualquiera que fuese el caso, debía asegurarme de que él estuviera bien; pase lo que pase él tiene que estar bien.



## 4.

No supe en cuánto tiempo llegué a la escuela de nuevo, solo vi alrededor una multitud de personas. Todos hablaban con un muy bajo volumen y viendo hacia todas direcciones cuando se hacía el menor ruido.

El pánico se había adueñado de nosotros.

Tanto era el pánico que había gente que llevaba pistolas, escopetas, cuchillos, palos; cualquier cosa que la gente creyera que nos mantendría a salvo de no sé qué cosa o persona que nos estaba acechando y matando a nuestras personas más queridas.

Bueno sabías que lo querías demasiado cuando piensas “no volveré a verlo de nuevo”; tal como era mi caso. Es triste pensar que no volveré a ver a mi padre, que por más pleitos que hubo, discusiones, faltas de acuerdos, de una u otra forma sé que me quería.

O eso es lo que quiero pensar.

No quiero destruir tanto mi pobre corazón. Tengo que ser fuerte, por él.

—¿Qué pasó? —ya no me inmuté en mantenerme callada y hacer como si nada pasara.

—¡Lo que pasa, carajo, es que la mayoría de nosotros ahora somos huérfanos! —contestó un chico que no recuerdo haber visto antes de hoy—. ¿Qué haremos?

El pobre chico lloraba mares, sus mocos estaban regados por su regordeta cara. Carlitos solo se movía nerviosamente en mis brazos.

—Hay que llamar a la Policía, a alguien —sugirió el niño ratón de biblioteca, nunca lo había escuchado hablar hasta este momento.

—Ya lo intentamos, genio, las líneas telefónicas están muertas, las calles prácticamente están desiertas y todo alrededor de nosotros parece un maldito cementerio, por si no lo has notado —aclaró una chica que estaba más allá de la histeria.

—Pero no podemos ser los únicos vivos... ¿o sí? —dijo el niño ratón.

—No, claro que no, debe de haber más personas vivas, que seguramente nos ven ahora, solo que se esconden de algo o alguien —dijo el deportista viéndose notablemente preocupado, con sus brazos cruzados y un leve tic en los pies.

—¿Alguien vio algo de esto en la televisión, internet, noticias, algo? —pregunté.

—Alguien subió a YouTube una recopilación de videos tomados alrededor del mundo, donde se ve cómo la gente empieza a desvanecerse. Te lo enseñé, lo guardé en la memoria —dijo un chico, que de inmediato sacó el celular de su bolsillo y nos lo enseñó.

No había sangre en el momento en que las personas se desvanecían, no se veía dolor, solo esos enormes ojos congelados, con la boca ligeramente abierta como intentando gritar. Sea lo que sea que ellos vieron antes de morir, lo ven todos.

¿Acaso serán estos seres invisibles? La escena seguía, desde personas que se desvanecían manejando, nadando, dando clases, diciendo algún discurso, niños jugando, madres cocinando; los escenarios eran variados, pero daba el mismo resultado. Todos desvaneciéndose. Todos muriendo. Todos con grandes ojos congelados. Todos sin esa chispa, sin esa luz... Los gritos me sacaron de mi ensoñación, y mi paranoia aumentó. Voltee a todos lados viendo la causa de esos gritos.

Pero nos gritaban a nosotros.

—Pasen el video —entendí.

—Vayamos rápido al gimnasio, tú busca un proyector y un cable USB, te esperamos en el gimnasio —comenté a las primeras personas que veía. La voz se empezó a correr rápidamente y todos se encaminaron al gimnasio, unos tomados de las manos o abrazados entre ellos

Todos estaban tan asustados que no dijeron ni pío cuando tome el control de la situación. Todos llegaron rápido al gimnasio, yo solo me quedé esperando a que todos estuvieran dentro para meterme, cuando no hubo nadie más fuera, cerré las puertas.